

CAPÍTULO 16.

UNA CHINCHE QUE PINTA CON PENSAMIENTOS Y AGUA DE ORO^(*).



Tomás se había dirigido hacia el pintor. Éste examinó con una rápida mirada el traje de su nuevo oyente; pero después continuó hablando con los dos oficiales.

Sí, mis amigos, yo se lo repito en la cara: la paz eterna ha de venir, vendrá. Ustedes no quieren creerlo, no, ustedes no pueden creerlo. Pues ustedes se alimentan de sangre, viven de la muerte, de la misma manera irreflexiva que los miles y millones a su alrededor. Los hombres, que comen carne, tienen que pensar y actuar sedientos de sangre. El Paraíso no está detrás de nosotros, sino frente a nosotros. Jehová rechazó las ofrendas de frutos del campo de Caín y vio satisfecho al sangriento Abel. El fratricidio fue la consecuencia. Sin embargo, en el futuro se presagia un mundo, en el que el hombre detestará la guerra, porque se habrá labrado un corazón más suave por consumir los cereales de la tierra y los zumos de las bayas. La guerra y, con ella, su profesión, señores, desaparecerá, junto con la carne como alimento.

- Según eso, nuestros muchachos tienen que tragar harta carne de res, para que agarren valor en sus osamentas temblorosas -dijo riendo el capitán.

El pintor se volvió hacia Tomás, que intentaba alcanzar una silla vacía, pasando frente a él. Acercó una silla e invitó al huésped a que se sentara con un exagerado movimiento, como si le estuviera regalando un condado. - Por favor. Me alegra sobremanera que usted escuche, pues sé que digo la verdad -se dirigió al capitán y habló con dignidad-. Si la gente no comiera carne, tampoco habría soldados.

- Si la cosa es así, Lord -le gritó el capitán al tabernero, que aún estaba al fondo, retiñéndose su nariz-, como el bienaventurado Abel ofrézcame un trozo de rosbif, pero tiene que estar muy sangrante. Quiero probar esta cuestión. Los muchachos me echaron a perder hoy el desfile, entonces la sangre de res me dará la fuerza necesaria para alcanzar la rudeza del guerrero.

- A mí también, a mí también -berreó el teniente, dándose de golpes en las piernas, con tanta alegría como si ya estuvieran listas para asarse.

- Pero dígame nomás, ángel de la paz -comenzó de nuevo el capitán-, ¿a usted qué se le antoja? Si no me equivoco, lo vi comiendo ostras con el consejero de comercio Leiner hace unos días. ¿Cómo concuerda eso con su teoría? Usted sí que es un renegado.

El pintor alzó significativamente la mano. -No piense usted, por favor, que yo soy un fanático, un héroe de la fe. Quiero investigar, saber, probar. Y para ello requiero el experimento. De vez en cuando, si se despierta en mí la duda sobre mi doctrina, entonces como carne. Y así pruebo en mi propio cuerpo y espíritu que tengo razón. Todos los instintos animales despiertan a la primera mordida, y durante semanas debo luchar contra mi interior, para vencer en mí de nuevo toda crueldad. Luego, mi mano busca estremecida las moscas que se dan un banquete sobre mis cuadros y, hace poco, después de las ostras, incluso maté un mosquito, que me había picado. Pero esto es exactamente la demostración, esta experiencia en mi propio cuerpo. Me proporciona una confianza absoluta, conduce mis visiones. Oh, ustedes no saben lo que es eso.

*.- Danzig, Goldwasser, literalmente “agua de oro”, significa licor.

Veo una imagen ante mí: la manera en que el león feroz, buscando el casto alimento de la tierra, descansa a los pies del santo; ambos domesticados por la suave bondad de la naturaleza, ambos elevados sobre la animalidad y reconciliados con el cielo. ¡Si yo pudiera terminarlo! ¡Si tuviera tiempo de animar todas esas figuras que viven en mí! Pero soy un hombre débil fascinado por la hora. En cientos de cuadros magníficos pondría yo ante la vista de la humanidad el Paraíso, la paz en la tierra.

- Con el león herbívoro -se burló el teniente-, y junto a él pinte usted a nuestro coronel, cebándose con pepinos agrios y lustrándoles las botas a sus muchachos lleno de humildad.

Tomás pescó al pintor por el brazo. -Perdone usted, una pregunta. La cuestión me interesa, me ilumina. Conozco el contagio interior. Pero, ¿cómo se imagina la alimentación de las chinches y la transformación de su carácter?

Con tenedor y cuchillo, el teniente tocó una marcha festiva. -¡Bravo, bravo! ¿Qué se imagina con pulgas y chinches, usted pintor de pensamientos?

- Eso ya no existe. Se dirigen sólo a los seres carnívoros. Van a extinguirse.

Tomás reflexivo asintió con la cabeza. Le gustó la explicación.

- Y por cierto, yo no soy ningún profeta. No sé cómo se va a configurar esto o aquello, pero el gran trazo del futuro ya se dibuja ante mí, veo la imagen de la paz con toda claridad. Vendrá cuando la gente renuncié a la carne y al alcohol.

Asombrado, Tomás vio la copita que el pintor se llevaba a la boca. -Pero usted mismo bebe aguardiente. ¿Hace usted también experimentos con eso, o lo necesita para su inspiración?

El capitán le cuchicheó a su vecino: -Oiga usted, Wascherleben, el civil toma al pintarrajero en serio.

Ambos escucharon con curiosidad lo que siguió.

El pintor, con todo, vació su copa y dijo luego con gran calma: -Esto no es aguardiente. Esto es agua de oro de Danzig. Y no la necesito para inspirarme, sino para alumbrarme. Estudié en los matices del sol de este líquido el tono dorado de Tiziano y, así, por el hecho de bebérmela, me apropio el delicioso tono. Me debo eso, sin embargo, por ser pintor.

Tomás no oía la alegre risa de los dos guerreros, ni vio el guiño que hizo el pintor a sus compañeros de taberna. Lentamente, casi con ternura, pasó su mano por encima del raído saco de terciopelo del artista. -Usted tiene profundos conocimientos sobre el ser de las cosas -comenzó a decir-, y me alegraría mucho que me contara más detalles sobre sus métodos de preparación de los colores. Quizás podría yo ayudarlo. Pero me extraña mucho una cuestión. Usted trae la ropa deshilachada y debería saber que nada es más peligroso para la clara alma de un artista que las malas vestiduras. La belleza produce belleza. Envuelto en harapos uno no puede pintar bellamente.

Keller-Caprese examinó de nuevo a su hombre. A pesar de toda su locura, Tomás se dio cuenta de cuán parecido se volvía ahora el artista al sastre, cuya mirada había visto el día anterior. Dio un manotazo como si quisiera cazar un mosquito en el aire.

- Estoy en el proceso de idear una pintura de la miseria, para ello yo mismo debo envolverme en la tela de la miseria -respondió el pintor.

Tomás arqueó las cejas. -El arte no debería ocuparse en absoluto de la miseria. La belleza, el brillo, ése es su objeto. Conmoveramente, el buen Dios creó la vida cotidiana. El arte, sin embargo, vive un piso más arriba. El trabajo humano está sobre el trabajo divino.

El teniente se arregló el uniforme. Pero antes de que pudiera intervenir, el capitán Barnow lo calló levantando la mano. -Dejemos a Dios fuera del juego, nos tiene a todos cogidos por la cuerda.

Tomás no oyó nada. -Quizá el poeta pueda utilizar lo feo para dar mayor relieve a la nobleza de su héroe. Un pintor, sin embargo, elabora su trasfondo por medio del color; el contraste del color debe operar en él y no la oposición de lo feo y lo bello. No se tiene más que haber visto una vez alguna representación del Juicio Final, a fin de saber qué erróneo es colocar amorosos ángeles junto a espantosos demonios.

- Pues sí, algo como ángeles y demonios -irrumpió el capitán-, eso no lo pinta ningún cristiano decente. Todo eso es superstición y va contra el catecismo. Pero si yo pinto ahora un cuadro sobre una batalla, muy

auténtico, que apeste a sudor y polvo, a sangre y mugre, ¿no es eso también correcto?

Tomás se acomodó en la silla, divertido con el giro de la conversación. Tuvo la sensación de que su hora había sonado. -La respuesta a eso la dio un hombre, que es tenido por pintor a los ojos del ciego mundo. Rembrandt realizó su Resurrección de Lázaro con tal verosimilitud que hasta él mismo se asustó de la pestilencia y, entonces, añadió la figura de un joven que se está apretando la nariz.

El culto capitán mordió el anzuelo, como si hubiera descubierto a un recluta con las piernas chuecas. -Pues en Rembrandt tenemos al gran profeta de la miseria.

- El profeta, por supuesto, pero no el pintor. Rembrandt no fue un pintor.

Keller-Caprese levantó su vaso de aguardiente a la altura de la boca. -El tipo ese no hizo nada.

- Sí, hizo algo, pero no pintó. Practicaba la estética pragmática, mostraba a las gentes lo que no se debe hacer. Cada uno de sus cuadros predica sobre el texto: Puedes tener todo el genio que quieras, pero si atentas contra el más sagrado deber del hombre, ser noble, así no sirve para nada tu obra. No se ha entendido esta enseñanza, que se repite constantemente en cientos de sátiras; así, se le ha convertido, por inadvertencia, no sólo en un destructor del arte, sino también en el padre del vergonzoso credo que mima la miseria, en vez de despreciarla. En cierto sentido, él es culpable del servicio militar de dos años y de la abolición del castigo corporal.

El teniente se rio con fuerza. Sonó con una frescura cordial su carcajada, y hasta el sórdido y raído pintor creyó sentir en su interior algo como un cálido rayo de sol. -Usted tiene ocurrencias gigantescas. ¡Magnífico! ¿De dónde sacó usted todo eso?

Tomás se inclinó sonriendo. -Docendo discimus.

El capitán se había levantado. Estaba malhumorado, pues el más férvido deseo de su alma consistía en pintar una representación de una batalla que apestara. Anhelaba las campañas para poder hacer estudios al natural. Pero ocultó esta magnífica idea en lo profundo de su interioridad y consiguió, ahora, decir calmadamente: -A mí ni me va ni me viene. Yo sólo pinto caballos, que siempre son bonitos.

-Pero, señor capitán, usted tampoco pinta cuando hace sus travesuras -dijo triunfante el teniente y le hizo un gesto de afirmación al leal Tomás, quien con aire ausente miraba en el vacío, pensando y meditando en las teorías del arte que se habían despertado en él.

El capitán le dio un golpecito en el hombro al joven oficial. -Venga usted conmigo, vamos de juerga -mientras iba saliendo con su camarada, le gritaba al tabernero que apuntara todo en la cuenta.

- Espere usted, capitán -vociferó el pintor-, nosotros también vamos con ustedes -tartamudeó algo para sí, mientras escarbaba en sus bolsillos, algo así como que había olvidado el dinero.

Tomás lo observó en silencio. De repente se iluminaron sus ojos y dijo en voz alta y clara: -Chinche -después llamó al tabernero y pagó, sin pestañear, por lo que él y el artista habían consumido. Este último ya iba corriendo tras los oficiales. Keller-Caprese llegó en el momento en que el capitán decía estas palabras: -Dejan suelto a un loco de esa clase. El tipo tendría que estar en un manicomio. Y usted, Waschersleben, se hace cómplice del lunático y me toman el pelo.

Waschersleben se quedó inmóvil por la sorpresa. -Loco. -dijo-. Por el amor de Dios, ¿estaba el hombre hablando en serio?

- Naturalmente -el viejo dejó al cándido joven reflexionando y habló con el pintor-. Si usted nos libra de este señor Mundete, al que no le gustan los cuadros de batallas, mañana le invito una copa de buen vino tinto.

- Y yo el correspondiente caviar, si le hace alguna travesura -añadió el teniente, que poco a poco transformaba su asombro en indignación, pues había tomado la locura por diversión.

- Me ocuparé de ello, señores -replicó el pintor de pensamientos, hizo aire con el sombrero y dirigió sus pasos hacia Mundete, que iba saliendo de la taberna.

- Me alegro de verlo solo -dijo y le alargó la mano a Tomás-. Sus palabras han encontrado en mí un poderoso eco. Fue como si usted hubiera adivinado mis más secretos y profundos pensamientos. Sí, sí, así es: Rembrandt un esteta, un satirizador del arte, un maestro visionario, un profeta del pesimismo afirmativo,

un reformador, que deseaba intimidar y atraer. Él es como una belladona, que alrededor de las frutas está prendida con amenazadoras espinas, para advertir: la apariencia no es la belleza; mis bayas relucen, pero son veneno. Amenaza y previene, además atrae con halagos la falsa belleza a los niños y a los dementes y los vuelve más locos. En verdad, yo siento el profundo parentesco de nuestras almas -Tomás retiró su mano e hizo una mueca-

-Yo no lo sabía -dijo con altanería.

-Pero por supuesto. Usted lo percibe como yo, la misma vida nos anima. ¡Oiga usted, nomás! -cogió a Mundete por un brazo y lo jaló consigo-. Rembrandt conocía el gran arte. Cuando arrojaba su vestidura de loco, con la que castigaba al impune mundo; cuando seguía el llamado interno del pintor en los grandes momentos, entonces desaparecía la miseria ante él y él pintaba regalándose en la belleza, las perlas y las piedras preciosas. Con qué gusto pintaba esos motivos. Ésa es la ley de los contrarios. Dios sabe por qué hace al gran artista pobre. Mientras más fea es su vida, siente con mayor ardor la candente nostalgia por el lujo y el esplendor. Sólo el pobre puede crear lo verdaderamente bello. ¡Oh yo lo entiendo a usted! Usted es la persona que yo esperaba encontrar; quiero impregnarme de sus ideas, quiero alimentarme de usted como una...

Tomás se detuvo, zafó su brazo de la presión que le imponía el pintor y lo levantó amenazante. -¿Es que me acecháis en todas partes? ¿Os ocultáis bajo miles de máscaras, aparecéis con casco, con hilachos y con batín de pintor? -Después se transformó el horror que se veía en su rostro y habló observando arrobado una ortiga, que opulenta extendía sus hojas en una cerca:- ¡Salud, Oh Tierra, tú que alimentas miles de veces la maldad con tus zumos! Tú despiertas también miles de veces el bien. Quiero que ambos penetren en mi sangre. El claro manantial que está en mí los exterminará, y de las heridas del cuerpo y del alma brotará finalmente el nutritivo estado de la perfección.

Con tranquilidad tomó de nuevo al pintor por el brazo y siguió caminando con él. Se olvidó del primo, de la hermana y de todo.

Volver a publicaciones de Georg Groddeck